

Serie: Los Pecados que Toleramos
Parte 16 – ¿Qué hacemos ahora?

I. Introducción

- a. En esta primera parte del año hemos enfatizado el llamado de Dios a la santidad personal, y en particular trabajando con ciertos pecados que toleramos en nuestra vida
- b. Siguiendo la secuencia del libro “Pecados Respetables” de Jerry Bridges, hemos visto varios hábitos y actitudes que ofenden a Dios o a nuestro prójimo, y que dejamos pasar por alto, mientras éstos hacen estragos en nuestra vida:
 - i. Fuimos sobre los problemas de la impiedad, la ansiedad y frustración, el descontentamiento, la ingratitud, el orgullo, el egoísmo, la falta de autocontrol, la impaciencia y la irritabilidad, la ira y sus raíces, el prejuicio, la envidia y celos, los pecados de la lengua, y, por último, la mundanalidad
- c. Para muchos, lo próximo que llega a la mente son cuestionamientos parecidos a esto:
 - i. “¿Qué hago ahora? ¿Acaso el pastor no sabe lo mucho que he luchado con estos hábitos y no logro salir de ellos? ¿Qué trato y acaso logro una mejora por algún tiempo pero luego llegan de vuelta con más fuerza? ¿No se da cuenta el pastor que estos últimos seis meses de lo que me he llenado es de culpabilidad por mi incapacidad de ser tan bueno como los demás? ¿Qué está mal conmigo? ¿Acaso no soy de los “favoritos de Dios” como éste que tengo al lado?”

II. Trabajando con el pecado

- a. Hoy vamos a cerrar esta serie con la respuesta a estas preguntas, pero de entrada vamos a dejar claro algunos principios fundamentales:
 - i. El Evangelio significa “buenas noticias” y la manera de tratar todo esto tiene que traernos paz y descanso; de otra manera es solo falsa religión, “malas noticias”
 - ii. Es totalmente cierto que en los asuntos espirituales somos inadecuados, incapaces, y que siempre nos quedamos cortos en nuestro camino a la santidad.
 1. Nuestro corazón es en esencia pecaminoso (contrario al carácter de Dios); esto es cierto para TODOS, pero a NADIE descalifica para recibir el amor INCONDICIONAL del Padre por toda la eternidad
 - iii. ¿Cómo así?
 1. Porque mi aceptación en la familia de Dios (mi salvación) no depende de mí ejecución en la vida sino de la ejecución de otro: Jesucristo
 2. Porque mi santificación no depende de mis fuerzas, sino de la obra poderosa del Espíritu Santo transformándome de adentro hacia afuera (desde el carácter hasta la conducta), cuando yo así se lo permito
- b. Todos somos inadecuados (“Tu eres bueno, pero no sirves”)
 - i. Llegamos a este mundo y nos encontramos en un lugar y tiempo que no escogimos, que es bello y peligroso, hermoso y de terror. Y nos preguntamos, ¿Cómo llegamos aquí? ¿Por qué las cosas son así? ¿Cuál es mi razón de vida?
 - ii. La Palabra de Dios (en Génesis) nos da la respuesta a esas preguntas:
 1. Antes de que nació Dios puso a nuestros antepasados en una relación íntima con él, de familiaridad, de descanso y prosperidad
 2. Nuestros antepasados decidieron salirse de esa relación para caminar por “estos mundos de Dios”, sin Dios.
 - iii. ¿El resultado? Una herencia de desobediencia contra Dios, inherente en el centro de nuestra humanidad, el pecado en nuestro corazón

- iv. Aun cuando retenemos vestigios del carácter y la conducta de Dios en nosotros, lo cual produce belleza y bondad, todo eso está ahora empañado por el egoísmo, el engaño y la decepción tan característica de nuestras relaciones
 - v. Y el panorama se complica, porque, aunque sufrimos las consecuencias de nuestro carácter y conducta, al final de cuentas, no queremos salir de ahí
- c. Todos podemos ser aceptados
- i. ¿Cuál es la solución? Ya que nosotros ni queremos ni podemos regresar al Padre, a una relación vital y eterna con Dios, Él tomó la iniciativa de “bajar” a nuestra condición, amarnos profundamente, y llevarnos de vuelta a casa:
 1. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna” (**Juan 3:16**)
 2. Tres elementos esenciales: (1) el profundo amor del Padre, (2) que nos regaló a Jesús, quien se puso en nuestro lugar y pagó el precio de nuestro regreso a casa, (3) nuestra aceptación de ese regalo que conlleva un cambio de rumbo y de fidelidades: nuestra conversión
 - ii. ¿Cómo puedo “aceptar” ese regalo?
 1. “Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: 9 que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. 10 Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (**Rom.10:8-10**)
 2. Desde el día que crees en tu corazón en la obra de Jesucristo y doblas tu voluntad a su señorío (que ahora él será el dueño y señor de tu vida), desde ese momento, y por la eternidad, TODOS tus pecados (pasados, presentes y futuros) son perdonados y olvidados por Dios, eres aceptado en la casa de Dios como su hijo, y AHORA eres recipiente de su infinito amor, manifestado en bendición, multiplicación y disciplina, como todo padre que ama a un hijo
 - iii. ¡Esta es la simple y sencilla palabra de las buenas noticias! ¡Nada de trabajo, nada de ejecución, y nada de “ser bueno” ANTES de ser aceptado por Dios!
- d. Todos podemos ser santificados
- i. “¡Pastor, todo super, pero esa parte de la disciplina no me gustó mucho!”
 1. Un hijo sin disciplina de su padre no es un hijo amado, o al menos es un hijo que sufre de la negligencia de su padre
 - ii. Dios, que nos ama y es diligente, nos trata como a niños que van creciendo en los brazos de sus padres, tiernos, amados entrañablemente, pero que requieren de enseñanza, ejemplo, práctica y corrección, porque todavía están “cerreros y salvajes”, con asuntos de carácter malformado que resultan en conductas egoístas y dañinas
 - iii. Lo que hemos estado estudiando en esta Serie, es parte de la enseñanza y el ejemplo de la Palabra de Dios para trabajar nuestro carácter y nuestra conducta
 1. La Biblia es el espejo en el cual puedo ver con claridad mi belleza inherente pero también las cosas que ensucian esa belleza

- iv. “¿Y qué hago con esa suciedad, esas manchas que no quieren ceder?” Cuando reconocemos que algún pecado reside en nuestro corazón, en nuestro carácter y conducta, tenemos que dar tres pasos importantes:
 - 1. Aceptar el diagnóstico de Dios
 - a. “Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros” (1 Juan 1:10)
 - 2. Agregar ese asunto a nuestras peticiones diarias, para que el Espíritu de Dios extirpe, sane y limpie nuestro corazón de ese pecado inherente; que cambie los deseos de nuestro corazón por los deseos de Dios
 - a. Igual que nosotros no podemos salvarnos a nosotros mismos, tampoco podemos cambiarnos a nosotros mismos
 - b. Sólo el Espíritu bregará estas cosas a su manera, con sus métodos, a su tiempo
 - c. Sólo pide, cree, confía y espera
 - 3. Y en lo que eso ocurre, colabora con el Espíritu poniendo vallas, cercas, límites y tropiezos a tu corazón para restringir su espacio y oportunidad para pecar
 - a. “Si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado” (Marcos 9:43)

III. Conclusión

- a. En fin, ¿qué hacemos con todo lo que hemos escuchado y aprendido? Crear, recordar y descansar en los principios básicos de las buenas noticias de Dios para ti:
 - i. Todos somos amados por Dios
 - ii. Todos somos inadecuados en cuanto a Dios
 - iii. Todos somos aceptados de vuelta en casa, en Jesucristo
 - iv. Todos podemos ser hechos santos para la eternidad, por el Espíritu
- b. Todo esto lo hace Dios, gratuitamente, para tu bendición, tu salud, tu salvación, tu vida eterna, para Su gloria
- c. El enemigo de tu alma, el diablo, el acusador de los santos, tratará diariamente de que reniegues a esta verdad, para que tu corazón desfallezca cada vez que te parezca que no avanzas en los asuntos de Dios
 - i. ¡No le creas! ¡Él es un engañador que te quiere ver detenido y aplastado en tu vida espiritual! ¡Al reino de las tinieblas no le conviene que le creas y sirvas a Dios en paz y gozo!
- d. ¡Levántate en libertad y descanso, y sirve a Dios todos los días de tu vida, hasta que te encuentres con él al otro lado de la eternidad!